

Subjetividad/Objetividad

Reflexiones sobre el punto de vista del investigador en el Análisis del Discurso

Claudia **Fino** **Construir el objeto**

Profesora en Letras, UNLP. Alumna de la Maestría en Análisis del Discurso, UBA (tesis en preparación). Docente e investigadora de la UNLP. Integrante de las cátedras de Lingüística y Métodos de Análisis Lingüístico de Facultad de Periodismo y Comunicación Social, y Lingüística de Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Proponernos miradas escrutadoras de los fenómenos discursivos -que creemos que merecen ser analizados en el mundo de palabras que nos rodea permanentemente- es sencillo y útil en un universo de alocuciones donde el conocimiento de metas precisas y medios adecuados es necesario para ser razonable. Lo difícil es que esa mirada no sea de un sentido común, de interpretación, del significado atravesado de subjetividad -tan plena e invisible al propio sentido común que se presenta como la objetivi-

dad misma-. Es extensísima la literatura acerca del lugar del observador frente a su objeto: la distancia extrema, la eliminación, los objetivistas... hasta la comunión promiscua y descarada de situarse en la toma de posición absoluta, los subjetivistas. No hace falta. Difícilmente puede el analista desprenderse absolutamente de sus prejuicios, de sus modos de ver el resto del mundo que no sea su objeto de estudio. Mundo, además, traspuesto en ese modelizador primario que es el lenguaje, con el que la mediatización se vuelve también un algo del mensaje. El

discurso científico -y cualquier otro tipo de discurso- pone en funcionamiento recursos retóricos, de los cuales los más eficaces crean el efecto de realidad, y también estrategias orientadas a persuadirnos de que nos enfrentamos a hechos concretos cuyo modo fiable de representación se encuentra en lo científico. Discurso, entonces, ideológico por excelencia. Contamos con que las representaciones del que investiga, sus percepciones y su experiencia dan cuenta del sentido del juego social en una relación dialéctica con los patrones objetivos forjados en lo institucional, en lo estructural, etc. Muy complejo, pero no por ello desesperanzador. Tanto la imparcialidad absoluta, el objetivismo, como el relativismo inevitable, la subjetividad, son configuraciones parciales. Bourdieu subraya que estructuras sociales externas, "historia hecha cosas", lo exterior, y estructuras sociales incorporadas, "historia hecha cuerpo", son los dos modos en los que ontológicamente se presenta lo social, y con ello permite dar una mirada superadora de la dicotomía planteada acerca de la objetividad científica¹. Las interacciones discursivas pueden ser registradas, observadas, clasificadas, sin que ofrezcan por entero lo que las determina. Es precisamente la relación dialéctica cuerpo-cosas, hasta podríamos arriesgar visibilidad-invisibilidad, lo único que puede dar de modo íntegro la interacción. La ciencia busca objetividad, constituida desde lo abstracto,

con el interés puesto en aquello que es sistematizable, pero esta exigencia de referente objetivo no impide el acceso a lo tangible -en nuestro caso a los distintos discursos dados en situaciones particulares, en un tiempo y en un espacio, con determinadas condiciones de producción y de reconocimiento, con determinados actores y todos los factores que influyen o determinan o restringen la discursividad-, lo que percibimos de modo sensible, que para estar excluido de la cientificidad necesita una traducción pasible de ser discursivizada técnica y formalmente, tensión que no deja de generar el espacio para lo falible pero que tampoco deja de ser objetivo.

De eso se trata la objetividad en el análisis discursivo, de establecer regularidades objetivas y sistemas de relaciones independientes de las voluntades individuales (de la del observador) cuando nuestro propósito es tener acceso a la interpretación de diversos discursos sociales. Es posible ver sistematicidad sin dejar de tener en cuenta esa perspectiva individual que nos inserta como hacedores y absorbentes de la discursividad analizable.

Construir el corpus

Como el análisis discursivo se desarrolla fundamentalmente con un procedimiento analítico, una de las cuestiones que aparecen como relevantes (siempre, pero aún más si tenemos en cuenta la temática que nos

ocupa)² es la edificación del corpus a analizar. En principio, dos son las opciones, según Charau-deau³, que pueden ofrecerse: una perspectiva antropológica, a partir de la cual es posible describir características habituales de funcionamiento del discurso en general; o una perspectiva de análisis textual, a partir de la descripción de una realización particular para llegar a una exhaustiva caracterización de sus rasgos.

El objeto de estudio, entonces, es edificado por la actividad de análisis. No es natural, se construye. El corpus es el reflejo del objeto. Eso que se construye, el objeto, se muestra a través de la configuración del corpus. Desde nuestro enfoque ese objeto será empírico-situacional, textos en situación.

La construcción de este objeto implica también la construcción de una tipología, pues se elige un modo de ver y ello configura un criterio para aunar lo semejante, ya sea por estrategias, por formas, por significados y sentidos; a su vez las jerarquías que es posible establecer dentro de una misma tipología, por la cual se diferenciaría el tipo general y el subtipo, por ejemplo.

Sea cual sea la perspectiva seleccionada, el analista deberá interrogarse acerca de diversos planteos, privilegiando unos u otros, como por ejemplo, el grado de generalidad de lo que caracteriza; la aptitud de las confrontaciones hechas con otras situaciones, tanto en tiempo como en espacio; la recurrencia de

ciertos mecanismos en sus realizaciones. Y las respuestas recorrerán un camino doble: de lo particular a lo general y de lo general a lo particular, sin que eso impida que se induzca determinado modelo o que se privilegie determinado movimiento, dando así una determinada posición. Siguiendo a Charaudeau, nos parece más pertinente la construcción de una tipología que privilegie las condiciones de producción de los textos, en tanto contrato comunicativo, entendiendo por el mismo aquello que “estructura una situación de intercambio verbal en las condiciones de realización de los actos de lenguaje que se producen en ellos para que sean reconocidos como válidos, es decir, correspondan a una intencionalidad del sujeto comunicante y puedan ser interpretados por el sujeto receptor-interpretante”, donde se daría la construcción del sentido. Hay que considerar que cada uno de los contratos puede dar variantes y además que hay

contratos más o menos generales que se pueden engarzar unos en otros (en el interior del discurso publicitario encontramos la publicidad de calle, televisiva, de revista, etc.).

Esa construcción del corpus permitiría la definición del contrato de comunicación como tarea inicial del analista para poder acceder luego a establecer una tipología o bien analizar un texto en particular.

Pero todas estas delimitaciones se hacen desde un sujeto analizando, quien participa, naturalmente, de un proceso de intencionalidad, y quien es a la vez sobredeterminado por condiciones (de restricciones, limitaciones, pautas, condicionamientos) y relativamente libre de actuar en función de esas condiciones. El yo es a la vez sobredeterminado (“eso”) y a la vez libre (“yo”); es hablado y habla, participa de una vida social y juega con esas condiciones. Al ser hablado asume la intertextualidad (portador de lo que se ha dicho) y por otra

parte se posiciona con respecto a esa intertextualidad. El analista del discurso no se exime de ello, y por tanto instaura una relación necesariamente “subjetiva” siempre: con la construcción de su saber, de su temática; con el recorte de su objeto; con la selección de su mirada; con la configuración de su tipología; con la elección del contrato de comunicación.

Hay objetividad en el análisis del discurso, pero la misma tiene el límite de la objetividad de las Ciencias Sociales, que no son causales ni exactas, pero pueden ser rigurosas a partir de metodologías específicas, sin dejar de considerar que en ellas -en su objeto-siempre está en juego el hombre y sus realizaciones.

Si el hombre estudia y analiza sus propios discursos, su propio lenguaje, sus actuaciones textuales, no podemos pretender no tomar parte en la explicación de lo que en última instancia -tal vez en primera- nos estudia y analiza a nosotros mismos.

Notas

- 1 Bourdieu, P. *El oficio del sociólogo*, Ed. Siglo XXI, México, 1988.
- 2 Primer recorte en donde opera el sujeto que analiza, responsable de esa actividad de producción (portador de ideología, no como individuo -“eso”, y también portador de opinión colectiva- “yo colectivo”; colectivo y abstracto al mismo tiempo).
- 3 Charaudeau, P. “El ‘contrato de comunicación’, una condición del análisis semiolingüístico del discurso”. En: Langages, *Les analyses du discours en France*, Larousse, París, 1994.
- 4 Charaudeau, P. Op. Cit, pág.13.

Bibliografía

BOURDIEU, P.

El oficio del sociólogo, Ed. Siglo XXI, México, 1988.

CHARAUDEAU, P.

El “contrato de comunicación”, una condición del análisis semiolingüístico del discurso. En: Langages, *Les analyses du discours en France*, Larousse, París, 1994.

DÍAZ, E.

“Conocimiento, ciencia y epistemología”. En: *Metodología de las ciencias sociales*, Biblos, Buenos Aires, 1997.

LLINÁS, E. y GONZÁLEZ CARELLA, M.I.

“La objetividad como logro práctico”. En: *Cinta de Moebio*, N° 13, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, marzo de 2002.